A su amigo Manuel Juan:

Sinesio

EL BEBÉ DE PARÍS

Sinesio Delgado

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los representantes de D. Sinesio Delgado y de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL BEBÉ DE PARÍS

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

VICENTE LLEÓ

Representada por primera vez en el **Teatro de Eslava** el dia 7 de Febrero de 1910.

JUNTA DELEGADA DEL TESORO ARTÍSTICO
Libros depositados en la
Biblioteca Nacional
Procedencia
TEORRÁS
N.º de la procedencia

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1910

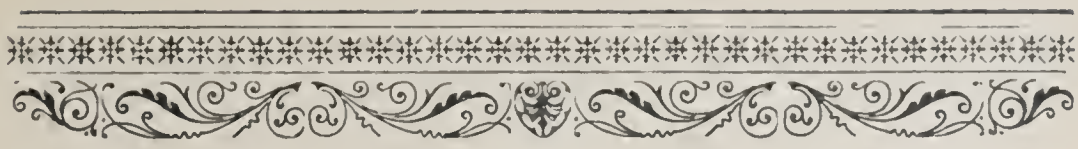
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Madame Periquet.....	Sra. Manso.
Rosalía.....	Srta. Salvador.
Doña Josefa..	» Cárcamo.
Juanito.....	Sr. González Morales.
Don Rafael.	» Alarcón.
Don Hilario...	» Allens Perkins.
El señor Paco..	» Rodríguez.
Nemesio	» Mariner.
Ginés..... ...	» Fernández.

Ronda de mozos.

La acción en Tordesillas. Epoca actual.

Derecha é izquierda las del actor mirando al público.



ACTO ÚNICO

Zaguán de un mesón en Tordesillas. A la derecha puerta grande, de arco, que da á la carretera. A la izquierda, en primer término, una puerta, y en segundo el primer tramo de una escalera que conduce á las habitaciones superiores. Al foro portón que da al corral. En los rincones ó colgados de escarpias, cribas, cabezadas, costales, etc., etc. Bancos y taburetes de madera blanca. Es de noche, y alumbra el escenario un farolón pendiente del techo.

ESCENA PRIMERA

EL SEÑOR PACO, sentado cerca de la puerta de la izquierda, junto á una mesita baja, hace sus cuentas libreta en mano. NEMESIO y GINES juegan á las cartas sobre un saco de cebada, á la luz de una linterna ó farol pequeño, en segundo término derecha.—Luego DON RAFAEL y JUANITO.—Ronda de mozos, dentro.

Música.

(Al alzarse el telón, y como continuación del preludio, se oye dentro música de guitarra. A poco empieza la copla. Los de escena continúan impávidos en sus ocupaciones como si no pasara nada.)

VOZ (dentro.)

La que se casa con viejo
tiene penitencia entera,
de día cruz y calvario
y de noche calavera.
Corre que te pongo

722721

la mantilla blanca;
corre que te pongo
la mantilla azul;
corre que te pongo
ligas encarnadas;
corre que te pongo
lo que quieras tú.

CORO. Corre que te pongo, etc.

(Sigue el rasgueo de las guitarras. Salen por la derecha Don Rafael y Juanito.

D RAF. Buenas noches.

SR. PACO. Buenas noches.
¡Tanto bueno por acá!

JUANITO. Dios le guarde, señor Paco.

SR. PACO. Hola, mozo, ¿cómo va?

JUANITO. Pues vengo asustado,
no sé qué me pasa,
porque yo de noche
no salgo de casa
y temo á las sombras
que veo cruzar
y temo á los mozos
que van á rondar.

D. RAF. ¡Cantan unas cosas
tan escandalosas!

JUANITO. Y uno se avergüenza
y oye sin querer.

D. RAF. ¡Son tan imprudentes!

JUANITO. ¡Son tan insolentes!

SR. PACO. Cosas de muchachos,
¡qué se le ha de hacer!

VOZ (dentro) Me dijistes que era un gato
el que entró por tu ventana;
yo no he visto gatos negros
con bonete y con sotana.
Corre que te pongo
la mantilla blanca;
corre que te pongo
la mantilla azul;
corre que te pongo
ligas encarnadas;
corre que te pongo
lo que quieras tú.

CORO. Corre que te pongo
la mantilla blanca, etc., etc.

(Continúa el son de las guitarras, que se pierde á lo lejos.)

Hablado.

D. RAF. ¿Eh? ¿Qué le parece á usté la coplita?

SR. PACO. Que no tiene nada de particular. Peor es la que le han sacao á la boticaria. Aquella que dice...

D. RAF. ¡No! No la repita usté, hombre de Dios, que está la criatura.

JUANITO. ¡Ah, sí! La de la boticaria es muy picante.

D. RAF. ¡Cómo! Pero ¿tú la sabías?

JUANITO. Sin querer. La cantaron en nuestra calle la otra noche.

SR. PACO. ¡Je, je! Ya no tiene remedio Conque ¿qué le trae por el mesón á estas horas al bueno de don Rafael?

D. RAF. Vengo á esperar al coche.

SR. PACO. ¿Al que viene de Toro ó al que baja de Valladolid?

D. RAF. Al que viene de Toro.

SR. PACO. ¡Vamos, sí! Es que por fin se va á Valladolid este mozo á empezar sus estudios en el Seminario.

D. RAF. No; todavía no. Este mozo tiene vocación, pero no la tiene completa. Se le van los ojos detrás de las mujeres.

JUANITO. De algunas nada más.

D. RAF. Y mientras le quede ese defecto, que espero se le corregirá con los años...

JUANITO. Yo lo espero también. Dentro de cuarenta ó cincuenta ya no me gustará casi ninguna.

D. RAF. Mientras no se acostumbre á no mirar á las cosas terrenales para pensar en las de allá arriba, no quiere su madre, y hace bien, que vista la beca. Entretanto le tenemos estudiando latín con don Atilano para ver si doma su natural mundano con saludables ejemplos.

JUANITO. Pero no lo domo.

D RAF. No; no lo doma. Vea usted, señor Paco, lo

que hoy le he encontrado en el bolsillo.

SR. PACO. Bonita sortija.

D. RAF. Muy bonita, verdaderamente. Con un camafeo que vale un dineral. Pero no la había él guardado por el camafeo, á Dios gracias, sino por otra cosa. Fíjese, fíjese en este agujerito.

SR. PACO. ¿En cuál?

D. RAF. En éste. Pero mire usté hacia la luz tapándose un ojo.

SR. PACO. ¡Ah, sí! Ya, ya veo. ¡Válgame Dios, don Rafael! ¡Qué mujer tan hermosa!

JUANITO. ¿Verdad que sí?

SR. PACO. Y tan ligera de ropa además.

D. RAF. Como que no tiene ninguna, ni debe tenerla. (Recogiendo la sortija.) Esta pintura representa á la casta Susana sorprendida en el baño.

NEM. Y GIN. (Levantándose rápidamente y acercándose al grupo.) ¡A ver, á ver!

D. RAF. (Guardándose la sortija.) Dispensad, hijos; las obras de arte no se han hecho para los ojos del vulgo.

SR. PACO. Y á vosotros os tienen sin cuidao. Conque se han acabao las cartas y ya estáis picando cada cual á su obligación. Tú, Nemesio, á avisar á la Remigia que disponga la mesa por si quié cenar algún viajero. Tú, Ginés, á preparar el ganao pa el tiro. ¡Hala, que es tarde! (Vanse los mozos, Ginés por el foro y Nemesio por la derecha.)

D. RAF. ¡Ah! Pero ¿es'á usté en combinación con la Remigia?

SR PACO. Sí, señor, pa eso de la cena. Hemos puesto un comedor regular en la casa de enfrente, porque á los señoritos de Valladolid, eso de comer en el mesón paece que no les sienta.

JUANITO. Y con la sobrina de la Remigia ¿no está usté también en combinación? Porque no es saco de paja.

D. RAF. ¿Qué dices, Juanito? Pero ¿oye usté, señor Paco?

SR. PACO. Y ¿qué se le va á hacer, don Rafael, si tié razón el chico? (Vase por el foro.)

ESCENA II

DICHOS, DOÑA JOSEFA, ROSALÍA, DON HILARIO. Al fin, NEMESIO.

D.ª Jos. Pasa, hija mía, pasa. Todavía tardará un rato, pero esperaremos aquí tranquilamente.

D. Raf. ¿Qué es eso, doña Josefa? ¿Van ustedes de viaje?

D.ª Jos. Sí, señor; á Valladolid un par de días. El tiempo preciso para encargar el traje de boda.

D. Raf. ¡Cómo! Pero ¿se casa usté otra vez?

D.ª Jos. ¡Don Rafael, por Dios! No diga usté disparates. Quien se casa es la niña.

D. Raf. ¡Ah! ¡Es verdad! Me lo dijeron ayer en el estanco, pero no lo había querido creer.

D. Hil. ¿Y por qué no había usté querido creerlo?

D. Raf. Por .. por nada. Por una de esas tonterías que le dan á uno ¡Como han llevado ustedes el noviazgo con tanto sigilo!

D. Hil. Ya; ya sé que nuestras relaciones son la comidilla del pueblo. ¿Y por qué? Por la diferencia de edades. ¡Como si el corazón no fuera siempre joven! ¿Verdad, Rosalía?

Ros. ¿Yo qué sé? Eso dicen.

D. Hil. Y además, mi vida ha sido siempre morigerada y honesta y eso retrasa la vejez, como ustedes saben... ¿Hay quien duda de que mi vida ha sido siempre honesta y morigerada?

D.ª Jos. ¿Quién lo va á dudar, Hilario? ¡Si tienes fama en diez leguas á la redonda!

D. Raf. Bien, bien; ¡si por eso no hemos de enfadarnos!

Juanito. (¡Lástima de criatura! Es más guapa que la Susana de la sortija y se la va á llevar este tío.)

D. Raf. Cásense ustedes en paz y en gracia de Dios y que la luna de miel sea eterna. Por mi...

D. HIL Lo será, lo será; ¿verdad, pichona?

ROS. No sé.

D.ª JOS. La pobrecilla no sabe nada.

JUANITO. (Canturreando á media voz.)
La que se casa con viejo
tiene penitencia entera...

D. HIL. ¿Qué dice ese niño?

D. RAF. Juanito, ¿te quieres callar?

JUANITO. Si no lo he hecho adrede... Es que me acordaba de la copla de los mozos.

D. HIL. Es que si era alusión...

D. RAF. ¡Qué había de ser, don Hilario! ¡Que está usté vidrioso de veras!

D. HIL. Como esos zánganos se la cantan á ésta todas las noches...

ROS. Pero no me cantan esa sola.

D HIL. Ya; ya sé que las otras son peores Lo que es el día que yo pille á uno...

D.ª JOS. Cálmate, Hilario; ya sabes que esos animales no se divierten de otra manera. ¡Las cosas que le decían á mi difunto cuando vino á parar á nuestra casa el registrador de la propiedad que había sido novio mío en Zamora!

JUANITO Sí que habría que oirles.

D. RAF. ¡Niño!.. ¿Y qué? ¿van ustedes los tres á encargar la ropa?

D ª JOS. ¡Ay, no, no! Vamos mi niña y yo nada más.

D. HIL. Naturalmente, don Rafael; por el propio decoro de mi prometida yo no debo acompañarlas... ¡Qué se diría!

D. RAF. Hombre, tratándose de usted... no se diría nada. Ya tiene usted la respetabilidad suficiente para... (Empiezan á oirse dentro los cascabales de colleras.)

D. HIL. ¡Y dale con la respetabilidad! ¿No he dicho que el corazón es siempre joven? (Sale Nemesio corriendo por la derecha, y acercándose al foro grita:)

NEM ¡Señor Paco!.. ¡Señor Pacooo!.. ¡Que ya está ahí el coche de Valladolid! (Viniendo á primer término.) ¿Usted va para Toro, doña Josefa?

D.ª JOS. No; para Valladolid es para donde vamos.

NEM. Entonces nada. Y usté, don Hilario, ¿va para Toro?

D. HIL. ¡Yo no voy para ninguna parte! ¡Pues estoy yo bueno para preguntitas!

NEM. Usté disimule. Mi obligación es avisar á los viajeros. (Vase por la derecha. Al mismo tiempo sale el señor Paco por el foro.)

SR. PACO. No traerá gente. En este tiempo casi siempre viene de vacío. (Pónese á la puerta de la derecha á observar la llegada del coche. El ruido de colleras ha cesado. Los demás personajes también van acercándose á la puerta.)

JUANITO. (Me la estoy comiendo con los ojos, y como si no. ¡Qué pava es la pobrecita.)

SR. PACO. Hombre, ¡qué casualidad! Paece que hay viajeros... Dos, tres, cuatro... ¡Nemesio!

NEM. (Dentro.) ¡Mande usté!

SR. PACO. A los que sigan y quieran cenar llévalos enfrente.

NEM. (Dentro.) Ya; ya lo tié tóo dispuesto la Remigia.

D. HIL. Nosotros no haremos así nuestro viaje de novios, ¿verdad, Rosalía?

ROS. Yo... como usté quiera.

D HIL. ¡No, no! ¡qué traqueteo! ¡qué incomodidades! Nos iremos á Medina en el carromato del ordinario... muy despacito y muy á gusto contemplando el paisaje.

NEM. (Asomándose á la puerta.) Aquí hay una señora que se va á quedar en el pueblo y pregunta si habrá en el parador una habitación para ella.

SR. PACO. Y tú, ¿qué la has dicho?

NEM. Yo nada; lo que usté me diga.

SR. PACO. ¡Que sí, hombre, que sí! ¿Y los otros tres?

NEM. Van á cenar y siguen el viaje.

SR. PACO. Pues dí á la señora esa que entre en el portal y que espere un poco. Yo voy á decir á la Ramona que avíe el cuarto grande. (Se retira de la puerta Nemesio y vase el señor Paco por la escalera.)

JUANITO. ¿Una señora?

D. RAF. Sí, hijo, sí; una señora; pero para ti como si fuera un carabinero.

ESCENA III

DOÑA JOSEFA, ROSALÍA, JUANITO, DON RAFAEL, DON HILARIO, MADAME PERIQUET. Al fin El SEÑOR PACO.

(Esta Madame Periquet es una señora francesa, y se la conoce en la pronunciación. Trae en brazos un niño de pocos meses, al cual no se le ve jamás la cara, y en la mano un biberón que no cesa de aplicar á la boca de la criatura.)

Música.

MAD. PER. Me dicen que me espere
y aquí me esperaré.
¿Ustedes son del pueblo?
TODOS. Para servir á usté.
LOS HOM. Por las trazas parece extranjera.
LAS MUJ. ¿Qué misterio tendrá la viajera?
JUANITO. ¿Y á qué vendrá?
D. RAF. ¿Que á qué vendrá?
Preguntándoselo se sabrá.
(A Madame) Usted perdone,
señora mía,
si es que la ofendo
con la osadía
de presentarme
para saber
si útil en algo
la puedo ser.
D.ª JOS. Lo mismo digo.
MAD. PER. (A uno y otra.) Mercí, Mercí.
Pero el objeto
que traigo aquí
no necesita
más protección
que una cunita
y un biberón.
Voilá, madam,
voilá, mesié,
c'est un enfant,
c'est un bebé

LOS HOM. Bebé, bebé.
LAS MUJ. Bebé bebé.
TODOS. ¡Qué bien cuidado
lo tiene usté.
MAD. PER. Tiene una cara de querubín
y unos bracitos de mazapán,
y unas mejillas como el jazmín
y un pelo blondo como azafrán.
TODOS. Tiene una cara de querubín, etc.
MAD. PER. Voilá, madam,
voilá, mesié,
c'est un enfant,
c'est un bebé,
LOS HOM. Bebé, bebé,
LAS MUJ. Bebé, bebé,
TODOS. ¡Qué bien cuidado
lo tiene usté.
MAD. PER. Largo es el viaje de Francia aquí,
pero yo tuve la precaución
de que viniera tranquilo así,
chupa que chupa del biberón.
TODOS. Largo es el viaje de Francia aquí
pero ella tuvo la precaución..., etc.
MAD. PER. Voilá, madam,
voilá, mesié... etc.

Hablado.

SR. PACO. (Bajando la escalera.) Señora, cuando usté quiera; ya tiene usté aviao el cuarto.
MAD PER. Voy allá. Con pegmiso. (Vase por la escalera.)

ESCENA IV

DICHOS, menos MADAME.

D. RAF. Ya sabemos todo lo que queríamos.
D.ª JOS. Que viene de Francia.
JUANITO. Que se queda aquí.
D. HIL. Y que trae un niño.

ROS. Y un biberón.

JUANITO. Que es como si no supiéramos nada.

D. HIL. ¡Ay, Rosalía! ¡Qué ideas tan dulces se me han despertado viendo á esa criatura! ¿No se te han despertado á ti también?

ROS. ¿A mí? Lo que usté diga.

D.ª JOS. ¡Hilarito, por Dios!

D. RAF. No se ponga usté tierno ahora, que estamos aquí nosotros.

SR. PACO. ¡Qué se le ha de hacer! ¡Cosas de muchachos! Doña Josefa, ¿usté ha tomao ya los billetes? Lo digo porque casi siempre sobra sitio, pero á lo mejor pasan las cosas.

D.ª JOS. ¡Ay! pues es verdad, tiene usté razón. ¿Estará ahí el que despacha?

SR. PACO. Tié que estar. Si usté quiere que yo los pida...

D.ª JOS. No, no; gracias. No me cuesta trabajo. Hilario ¿entras? (El señor Paco habla en voz baja en segundo término con don Rafael.)

D. HIL. Bien quisiera, porque separarme de este ángel me cuesta un disgusto; pero se me ha olvidado un obsequio que había preparado á ustedes para el camino, y voy en un vuelo á casa antes que venga el coche.

D.ª JOS. Pero, Hilario, ¿por qué te molestas? ¡Si el viaje es cuestión de tres horas!

D. HIL. ¡Oh! no es nada; unos pastelillos, unas frioleras. Quiero que Rosalía lleve ese recuerdo. Vuelvo en seguida. Hasta luego, nena.

ROS. Vaya usté con Dios. (Vase don Hilario por la derecha.)

JUANITO. (¡Qué enamorada está! Se va á divertir el amigo.)

D.ª JOS. Don Rafael, si usted se queda haga el favor de tener cuidado de estos chismes. (Por las maletas que sacó don Hilario y que dejó en un rincón cualquiera.)

D. RAF. Me quedaré si usté quiere, pero precisamente me decía el señor Paco que subiera á escoger habitación para el amigo á quien espero.

D.ª JOS. No, ¡por mí!

SR. PACO. No tenga usté cuidao, doña Josefa. Aquí no ha pasao nunca nada. (A don Rafael.) Suba, suba usté y entiéndase con la Ramona. Yo voy á ver si Ginés ha sacao el tiro. (Vase por el foro.)

D.ª JOS. (Yéndose por la primera izquierda.) Vamos, Rosalía.

ROS. Voy, mamá.

D. RAF. (Subiendo por la escalera.) Juanito, vamos.

JUANITO. Voy, voy...

ESCENA V

ROSALÍA, JUANITO. Al fin NEMESIO.

JUANITO. ¡Rosalía!

ROS. ¡Ay! me has asustado. ¿Qué?

JUANITO. Que yo creo que nosotros no hacemos falta ahí dentro y que era mejor que nos quedáramos aquí cuidando de las maletas.

ROS. Ya has oído al señor Paco que no hay miedo de que se las lleven.

JUANITO. ¡No te fíes! Tampoco parecía que habia miedo de que te llevaran á ti, y ya ves, ha venido don Hilario y te lleva.

ROS. Juanito, tú dices eso porque como estudias para cura no sabes nada.

JUANITO. ¡Anda! pregúntale á don Atilano y verás cómo te dice que en latín no hay quien me ponga el pie delante.

ROS. Bueno; latín, sí; pero los libros en que estudias no dicen que tienen que casarse las muchachas.

JUANITO. Lo que no dicen es que se tenga que casar con uno de sus antepasados. Y menos las que son tan guapas como tú, que no se deben criar para carcamales, con permiso de doña Josefa.

ROS. ¡Juanito! que me pongo colorada.

JUANITO. Ponte como quieras, pero justamente hace

tres ó cuatro días que no sueño más que contigo.

ROS. ¿Sí? Y ¿qué es lo que sueñas?

JUANITO. (Dándole unos golpecitos cariñosos.) ¡Que qué es lo que sueño, que qué es lo que sueño!...

ROS. ¡Que me pongo colorada, Juanito!

JUANITO. Pues, ¿qué voy á soñar, tonta?

ROS. ¿Yo qué sé? Si tú no me lo dices...

JUANITO. Pues antes de anoche... ¡No! lo de antes de anoche no te lo digo.

ROS. ¿Por qué?

JUANITO. Porque... porque yo también me pondría como un pimiento. Pero lo de anoche, aunque es otra barbaridad, sí puedo decírtelo.

ROS. ¿Qué fué lo de anoche?

JUANITO. Que el que había estudiado para cura había sido D. Hilario, y que como tú y yo nos queríamos mucho no tenía más remedio que ponerse la sobrepelliz y echarnos las bendiciones.

ROS. ¡Je, je!

JUANITO. ¡Je, je!

ROS. ¡Qué cosas más tontas se sueñan! ¿Verdad?

JUANITO. No, no vayas á creer que son tan tontas. Porque si lo de anoche hubiera sido verdad... ya no tendría nada de particular lo de antes de anoche.

ROS. ¡Juanito! no te entiendo nada.

JUANITO. ¿Ves? Porque no has aprendido latín con don Atilano.

ROS. Las mujeres no estudian latín, Juanito.

JUANITO. Es verdad, pero suelen saber más que los que lo estudian. Ahora, que como tú eres tan infeliz que le has dicho que sí á don Hilario sin fijarte en lo que decías...

ROS. Pero sí yo no he dicho nada...

JUANITO. ¿Que no? Pues entonces, ¿por qué te vas á Valladolid á encargar el traje de boda?

Porque no estaría bien que me casara con lo puesto.

JUANITO. Si no es eso, mujer. Quiero decir que porqué te casas entonces.

ROS. ¡Ah! porque mi mamá me dijo que si que

ría casarme, y yo contesté: «Lo que usté quiera»; y luego me habló de que don Hilario era un hombre cabal y de buenas costumbres, y yo volví á responder: «Lo que usté diga»...

JUANITO. Sí, sí; muy buenas costumbres y muy buenos cincuenta y seis años. ¡Te vas á divertir mucho con las buenas costumbres!

ROS. Y ¿qué iba á hacer?

JUANITO. Pues no contestar á todo: «Lo que usté diga... lo que usté quiera», porque lo primero es tener vocación.

ROS. Y ¿qué es eso?

JUANITO. De cierto no lo sé; pero á mí me han dicho que hasta que no tenga vocación no entro en el seminario y... nunca acabo de tenerla, ya ves.

ROS. Bueno, pero es que yo...

JUANITO. Vamos, dí la verdad; ¿á ti no te gustaría más casarte conmigo que con don Hilario?

ROS. ¡Juanito! ¡qué atrevido eres! Dices unas cosas...

JUANITO. ¿Que si soy atrevido? Como que, si tú quisieras, nos cogeríamos ahora mismo así, de la mano, y buscaríamos á mi madre para decirla: Madre, yo no tengo inconveniente en ser cura; pero con la condición de que luego me han de dejar ustedes que me case con Rosalía.

ROS. ¡Je, je! ¡qué barbaridad!

JUANITO. Eso; ¡qué barbaridad!... y qué mano tan fina tienes... Parece terciopelo.

ROS. Vamos, suéltame, que ahora sí que me pongo colorada de veras.

JUANITO. No hagas caso. Por de pronto, ¿sabes lo que haría yo con esta manita? Llevármela á casa esta misma noche.

ROS. ¡Claro!, y me iba yo á quedar sin ella.

JUANITO. No; porque no tendrías más remedio que venir detrás de la mano.

ROS. (Sin soltarse.) ¡Je, je!

JUANITO. (Idem.) ¡Je, je!

NEM. (Apareciendo en la puerta de la derecha). Bueno, bueno; bueno, bueno.

JUANITO. ¡Ah! (Separándose rápidamente de Rosalía.) ¡Je, je! es Nemesio. ¿Estabas ahí?

NEM. (Con sorna.) ¡Je, je! Sí; aquí estaba.

ROS. (Procurando disimular.) ¡Je, je!, estaba ahí Nemesio.

JUANITO. ¡Je, je!

ROS. ¡Je, je!

NEM. ¡Je, je!

(Vanse sin abandonar la risita cortada, Juanito por la escalera y Rosalía por la primera izquierda.)

NEM. Pues, señor; lo que no se aprende en un día se aprende en una hora, como dijo el otro. Don Hilario dice que no va y que no va... y me paece á mí que no estaría de más que fuera sacando el billete. (Medio mutis por el foro. Madame aparece en lo alto de la escalera, y le llama.)

ESCENA VI

NEMESIO; MADAME. Luego el SEÑOR PACO.

MAD. PER. Garçon. ¡Chist! Garçon...

NEM. ¿Es á mí?

MAD. PE. Oui; á usté.

NEM. Pues pa otra vez, Nemesio me llamo, pa servirla.

MAD. PE. Haga el favor de avisar al amo de aquí que deseo hablar con él unas palabras.

NEM. ¿El amo? ¿Quiere usté ver al amo? Por la cuadra debe de andar arreando á Ginés, que es como el plomo. (Yéndose por el foro.) ¡Señor Paco! ¡Señor Pacooo!...

MAD. PER. ¡Ah! Très bien, se llama señog Paco. Este es efectivamente el paradog del suceso y creo que no he de tardar mucho en cumplir el encargo de la pobre Alina... ¡Ah! ¡los hombres!... ¡los hombres!...

SR. PACO. (Saliendo por el foro.) ¿Es usté la que me llama?

MAD. PER. Ouí, yo; tengo que hablar con usté unos pequeños minutos.

SR. PACO. Como si quiere usté que sean grandes. ¿Es que no está usté contenta con la habitación?

MAD. PER. Ouí, ouí; muy contenta. No se trata de eso.

SR. PACO. He escogido la mejor de la casa, por si estuviera usté por aquí muchos días.

MAD. PER. No sé los que estaré. Depende de lo que resulte de esta conferencia.

SR. PACO. Usté dirá.

MAD. PER. ¿Recuerda usté si en este mismo parador se dió una fiesta hará un año, poco más ó menos?

SR. PACO. ¡Ah, sí! por la feria. Me pidieron la panera para un baile; y vino lo mejor de Tordesillas.

MAD. PER. ¡Ah, bien! Pues en esa fiesta donde estuvo lo mejor de Tordesillas, á la amiga que me envía desde París le ocurrió una desgracia.

SR. PACO. ¿Qué me cuenta usté? Pues no recuerdo .. ¿Alguna caída?

MAD. PER. Ouí; una caída, efectivamente. Mi amiga, que iba de paso para Valladolid, tuvo la mala ocurrencia de quedarse á ver la fiesta del pueblo, ¿usté comprende? por la carrera de novillos y...

SR. PACO. ¡Ah, sí! Ya hago memoria. Una señora francesa, alta, rubia. muy simpática y muy corriente.

MAD. PER. Ouí, ouí, demasiado corriente; por eso le pasó la desgracia.

SR. PACO. Pero ¿qué fué ello, si se puede saber?

MAD. PER. Pues... que asistió al baile de la panera, y luego la convidaron á una cena de personas respetables...

SR. PACO. ¡Ya! Ya me acuerdo.

MAD. PER. Y parece que el vino de aquí se sube á la cabeza y hace perder el conocimiento...

SR. PACO. ¡No me diga usté más!

MAD. PER. No; no le digo más porque me costaría trabajo explicarme. Ella siguió el viaje á París al día siguiente y... de París vengo yo ahora en busca de uno de aquellos señogues respetables.

SR. PACO. ¡Ya, vamos! Para darle parte de que...

MAD. PER. No; para darle parte, no; para darle todo. Mi amiga, á pesar de la desgracia, ha encontrado un hombre de honor que la ofrece su mano.

SR. PACO. ¡Atiza!

MAD. PER. Y, naturalmente, desea, ¿usté comprende?, que la persona responsable se haga cargo de... Por fortuna, los españoles son todos muy hidalgos y muy caballeros...

SR. PACO. ¡Ah! Sí, señora, sí; muy caballeros y muy hidalgos. Y los de Tordesillas más que los de ninguna parte.

MAD. PER. Por eso es que creo que mi comisión no será difícil.

SR. PACO. ¡Qué ha de ser! En cuanto usté me diga el nombre del sujeto...

MAD. PER. ¡Ah, bien! ¡El nombre! Mi amiga no lo sabe. Ni ella se lo preguntó, ni él se lo dijo. ¿Usté comprende? ¡El vino de la tierra!

SR. PACO. ¡Sí, claro...! ¡pues es una complicación! Porque ¿cómo se va usté á arreglar entonces?

MAD. PER. Fácilmente. Mi amiga hizo la tontería de regalar á aquel señog una alhaja de mérito que ha debido de llamar la atención en un pueblo como éste.

SR. PACO. De seguro. ¿Cómo era la alhaja?

MAD. PER. Una sortija antigua con un camafeo.

SR. PACO. ¿Con un camafeo? ¡Basta! ¿Y con un agujerito por donde se ve una mujer desnuda?

MAD. PER. Ouí, eso es; una Susana en el baño... ¡Oh! ¡Qué alegría! Por lo visto usté sabe quién la tiene.

SR. PACO. Y usté lo va á saber ahora mismo, porque el sujeto está en esta casa.

MAD. PER. ¡Oh! ¿En esta misma casa? ¡Très bien! ¡Très bien! Estoy muy contenta.

SR. PACO. Pero... hay una dificultad.

MAD PER. ¿Cuál?

SR. PACO. No, no; ninguna. (En seguida la digo yo á ésta que don Rafael es casado. Allá se las arreglen.)

D. RAF. (Dentro.) Sí, sí; no está mal. Es pequeñito, pero basta.

MAD. PER. Usté me hará el favor, entonces, de conducirme donde esté ese caballero.

SR. PACO. No hace falta.

MAD. PER. ¿Por qué? (Sale don Rafael y empieza á bajar la escalera seguido de Juanito.)

SR PACO. Porque es ese que baja la escalera.

MAD. PER. ¡El señog simpático de antes!... ¡Oh! ¡Qué suerte!

SR. PACO. ¡Sí! Qué suerte... la suya. Puede decir que le ha caído la lotería. (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

MADAME, DON RAFAEL, JUANITO.

MAD. PER. Caballego.

D. RAF. Señora...

MAD. PER. Usté tuvo antes la bondad de ofrecerme sus servicios para el asunto que me trajera á esta población.

D. RAF. Sí, señora; y repito con mucho gusto el ofrecimiento.

JUANITO. (Ahora es cuando nos vamos á enterar de todo.)

MAD. PER. Yo soy en agradecérselo muy de veras y, con su permiso, voy á empezar á abusar de su amabilidad haciéndole unas cuantas preguntas.

JUANITO. (Pues, por lo visto, es ella la que va á enterarse.)

D. RAF. Las que usté quiera; ¡no faltaba más!

MAD. PER. En primer lugar necesito saber si es usté una persona decente.

D. RAF. ¡Caramba, señora!

MAD. PER. ¡Ah! perdón. Sin duda no me explico. Aunque estuve muchos años en España todavía no domino bien el valor de la palabras, ¿usté comprende?

D RAF. Ya, ya comprendo.

MAD. PER. Quiero decir si es usted un hombre de honor.

D. RAF. ¡Naturalmente, caramba!

MAD. PER. Un hombre de gran delicadeza, un... vamos, un español caballeresco.

D. RAF. ¡Vaya! caballeresco y delicadísimo, sí, señora.

MAD. PER. ¡Ah, bien, bien! ¿De modo que será usté capaz de llegar hasta el sacrificio por reparar una pequeña falta cometida en un momento de locura?

D. RAF. Una falta ¿de quién?

MAD. PER. De una persona desgraciada.

D. RAF. ¡Ah, sí! ya lo creo. ¡No faltaba más! La religión nos manda socorrer y perdonar á los desgraciados, ¿verdad, Juanito?

JUANITO. Sí que nos lo manda; ahora que, aquí en Tordesillas, una veces lo hacemos y otras no lo hacemos

MAD. PER. Perfectamente; en ese caso puedo preguntarle otra cosa.

D. RAF. Ya he dicho que las que usté quiera.

MAD. PER. ¿Usté estuvo en la fiesta que se dió en este parador el año pasado?

D. RAF. Sí que estuve. Fué una cosa muy seria.

MAD. PER. Oui, muy seria. Y ¿usté tiene en su poder un camafeo que representa un centauro?

D. RAF. ¿Eh? ¿qué? ¡la sortija!

JUANITO. (¡Anda!, ahora resulta que la francesa es corredora de antigüedades)

MAD. PER Conteste la verdad, si le place.

D. RAF. Claro que me place, sí, señora; no hay por qué ocultarlo: tengo en mi poder la sortija que usté dice. (No ha corrido poco la fama del camafeo.)

MAD. PER. Basta. Con esas contestaciones me basta. Tenga la bondad de esperarme un momento. (Empieza á subir la escalera.)

D. RAF. Pero explíquese usté; porque debo advertirla...

MAD. PER. Un momento. Un pequeño momento. La conversación es inútil. (Vase.)

ESCENA VIII

DON RAFAEL, JUANITO.

D. RAF. ¡Juanito!

JUANITO. ¿Qué quiere usté, tío?

D. RAF. ¿Sabes que no entiendo una palabra?

JUANITO. Pues si no lo entiende usté, que es mayor en edad, saber y gobierno, calcule usté lo que me pasará á mí, que estoy en primeras de activa.

D. RAF. Esta mujer es sospechosa.

JUANITO. ¿Por qué?

D. RAF. Porque es raro eso de que venga de París nada menos á preguntarme si soy persona decente y si tengo la sortija que tu habías guardado.

JUANITO. Pues ahí verá usté; á mí me parece que no tiene nada de particular.

D. RAF. ¿Que no?

JUANITO. No, señor; porque esa señora será de las que andan comprando cosas antiguas por los pueblos, al llegar aquí le habrá preguntado al señor Paco, y como usté le acababa de enseñar la casta Susana y le había dicho que se trataba de una joya de mérito...

D. RAF. Sí; está bien; pero ¿y eso que tiene que ver con que yo sea ó no sea un hombre de honor?

JUANITO. Para que no abuse usted en el precio, me parece á mí que será.

D RAF. ¿Y aquello de la persona desgraciada y lo de la falta pequeña?

JUANITO. Pues es verdad: en lo de la falta es en lo que tropiezo. Pero me parece que estamos haciendo una tontería, tío.

D. RAF. ¿Por qué?

JUANITO. Porque ella va á venir ahora mismo á sacarnos de dudas.

D RAF. Tienes razón, sobrino; ¡qué listo eres! Ya se ve que estudias latín con don Atilano.

ESCENA IX

DICHOS. MADAME (con el niño y el biberón.)

MAD. PER. Caballego.

D. RAF. Señora...

MAD. PER. (Entregándole el chico.) Tenga usted la bondad.

D. RAF. ¿Eh? ¿qué? ¿Para qué quiere usté que coja el niño?

MAD. PER. Sea usté amable.

D. RAF. (Cogiendo la criatura en brazos.) Bueno, ahora usté me explicará...

MAD. PER. Tome usted también esto, que es absolutamente necesario.

D. RAF. ¿El biberón? Pero señora...

MAD. PER. Si es usted hidalgo y caballero de veras, no necesita más explicaciones. (Vase por la escalera.)

D. RAF. ¡Canastos! Pero escuche usted ..

MAD PER. ¡Cumpla usted su deber, caballego!

D. RAF. Pero ¿cuál es mi deber? ¡caramba!

MAD PER. El de toda persona noble y bien nacida. Cuidar de su hijo. (Vase.)

D. RAF. ¡Eh, eh! ¿qué dice? Es una loca, Juanito. ¡Atienda usté, señora! (Al ir tras ella se le cae el biberón y tiene que retroceder á recogerlo.)

JUANITO. Ahora es cuando nos hemos enterado de todo.

D. RAF. Pero ¿qué es lo que te figuras tú, muñeco?

JUANITO. Yo no me figuro nada, tío. Por eso le preguntaba á usted lo del honor.

D. RAF. ¡Pues vaya una gracia! ¿Qué querrá esa mujer que haga yo con estas dos cosas?

JUANITO. Pues... por lo visto quiere que las lleve usted á casa para que las vea la tía.

D RAF. ¡No faltaba más! Ahora mismo me va á dar una explicación, y si está loca que la encierren. (Vase por la escalera.)

JUANITO. Si está loca, si está loca... ¡El Señor Dios me libre de los malos pensamientos! Pero ¿qué pasaría aquí en la feria del año pasado?

ESCENA X

JUANITO, ROSALÍA

Música.

JUANITO. Rosalía, ¿dónde vas?
ROS. A la calle, ya lo ves.
JUANITO. ¿A la puerta nada más?
ROS. A la puerta, claro es.
JUANITO. ¿Tú mamá lo permitió?
ROS. Lo permite mi mamá.
JUANITO. No sabrá que aquí estoy yo.
ROS. No lo sabe, claro está.
JUANITO. Pues me alegro mucho
de que me acompañes
para ver tu cara
y escuchar tu voz...
No estoy muy alegre,
pero no lo extrañes
porque me ha pasado
una cosa atroz.
Rosalía, has de saber
que mi herencia está en un tris,
pues me acaban de traer
un primito de París.
ROS. ¿Cuándo lo has sabido?
JUANITO. Lo acabo de ver.
ROS. ¿Y te lo has creído?
JUANITO. ¡No lo he de creer!
ROS. ¿Pero tú no sabes que esos son engaños
que á ti te habrán hecho como á los demás,
porque á los chiquillos de tres ó cuatro años
cuentan ese cuento todos los papás?
JUANITO Pues este no es cuento, desgraciadamente,
y ahora el conflicto no es grano de anís,
puesto que mi tío lo palpa y lo siente
y se lo han traído del propio París.
ROS. De veras?
JUANITO. De veras.

Y le pido á Dios
que nos traigan uno
á nosotros dos.

ROS. ¡Juanito! ¿Qué dices?

JUANITO. Que si llego á ir,
desde el Seminario
lo voy á pedir.

ROS. ¡Ay! ¡Qué tonto eres!

JUANITO. Tú lo vas á ver.

ROS. Desde el Seminario
no va á poder ser.

JUANITO. ¿Que no puede ser?

ROS. Que no puede ser.

JUANITO. Tú dirás entonces
lo que debo hacer.

ROS. Cállate, Juanito,
no me hagas hablar;
mira que muy pronto
me voy á casar.

JUANITO. Pues tu boda está en un tris,
porque yo le pido á Dios
que nos traiga de París
un bebé para los dos.

ROS. ¿De París?

JUANITO. De París.

LOS DOS. ¡De París para los dos!

ESCENA XI

DICHOS. DOÑA JOSEFA. Luego DON RAFAEL.

Hablado.

D.ª JOS. ¡Niña! Pero ¿qué es esto? ¿Es así como ves enganchar.

ROS. Mamá, si no enganchan todavía. Ya sabe usté que aquí se detiene el coche tres cuartos de hora.

D.ª JOS. Y entonces, ¿por qué no has vuelto al despacho?

ROS. Pues... porque como estaba aquí este...

JUANITO. Como estaba aquí yo...

D.ª JOS. No; si no me importa. Ya sabemos que Juanito es un buen muchacho; pero si hubiera vuelto Hilario no le hubiera hecho maldita la gracia.

JUANITO. Y ¿qué le íbamos á hacer? Tampoco á mí me hace maldita la gracia don Hilario.

D. RAF. (Bajando la escalera.) ¡Juanito, Juanito!

JUANITO. ¿Qué quiere usté?

D. RAF. Que subas en seguida al cuarto de la francesa.

JUANITO. ¿Yo?

D. RAF. Tú, sí; porque se empeña en seguir la pista de la sortija, y puesto que tú la tenías en el bolsillo, tú tienes que explicar la procedencia.

JUANITO. Pero tío, si yo no puedo. .

D. RAF. Ya lo sé que no puedes; pero á mí me basta que digas que no es mía. Anda, sube, sube.

JUANITO. Bueno; subiré porque usté me lo manda; pero conste que yo no sé nada del primito. (Váse por la escalera.)

D.ª JOS. ¿Qué pasa, don Rafael?

D. RAF. ¿Qué ha pasar, doña Josefa? Que no se puede uno fiar de nadie. Figúrese usté que ese niño que vieron ustedes antes... Digo, que está Rosalía.

D.ª JOS No importa; puede decirse que ya está casada.

ROS. No, mamá; no puede decirse.

D. RAF. Pues... en plata: que el padre de ese niño es de Tordesillas.

D.ª JOS ¿Cómo?

D. RAF. Pues siendo de Tordesillas.

D.ª JOS. Y ¿quién es?

D. RAF. Eso pregunto yo. El propietario de una sortija que me encontré esta mañana en el bolsillo de mi sobrino, y cuyo nombre no ha querido decirme para devolvérsela sin que yo le descubra.

ESCENA XII

DICHOS. MADAME. Luego PACO.

MAD. PER. (Por la escalera.) ¡Ah, bien!; pero á mí sí me lo ha dicho inmediatamente, porque yo he prometido no descubrirle.

D. RAF. Y ¿dónde está?

MAD. PER. Cuidando del bebé hasta que yo vuelva; su sobrino es un joven amable. Ahora yo me encargo de encontrar al padre secretamente.

D. RAF. Si yo puedo servir á usted de algo...

MAD. PER. No, no; usted, no; es lo único que me ha encargado su sobrino. (Sale el señor Paco.) ¡Ah, precisamente! Señog Paco, hágame el favor.

SR. PACO. Mande usted, señora.

MAD. PER. (Llevándole aparte.) Usté conocerá seguramente á don Atilano Moreno.

SR. PACO. ¿Pues no le he de conocer?

MAD. PER Y no tendrá usté inconveniente en llevarme á su casa.

SR. PACO. Ninguno. En cuanto despache los coches. Pero espere usted, que no estoy seguro de dónde vive. El anterior habitaba la casa de... ¡claro! Pero este me paece que se mudó. (Alzando la voz.) Don Rafael, ¿usté sabe dónde vive ahora el señor cura?

MAD. PER. ¡Cómo! ¿qué dice? ¿el señog cura?

D. RAF. ¡Eh! ¿Cómo?

D.ª JOS. ¡María Santísima!

SR. PACO. Sí, señora; don Atilano Moreno es el párroco de San Esteban. Pregúnteselo á esos señores.

MAD. PER. ¡Pero si no puede ser!

D. RAF. Claro que no puede ser; ¡qué barbaridad! Aquí hay una equivocación por fuerza. (Llamando hacia la escalera.) ¡Juanito! ¡Juanito!

ESCENA XIII

DICHOS DON HILARIO. Después JUANITO. Al fin NEMESIO

D. HIL. (Saliendo por la derecha con un paquete.) Perdóneme usté, doña Josefa (A Rosalía.); perdóname, amor mío. Pero esa doña Luciana no sabía dónde había puesto el paquete. Decididamente no se debe vivir con ama de llaves.

D.ª JOS. (Tomando el paquete.) Pero ¿por qué te has molestado?

D. HIL. ¡Molestía! ¿Usted sabe lo que yo gozo al pensar que esa boquita de piñón va á morder estas pastitas?

JUANITO. (Saliendo á la escalera con el niño y el biberón.) ¿Me llama usté, tío?

D. RAF. Sí; baja en seguida.

MAD. PER. Haga el favor el joven.

D. RAF. Ven acá. Vamos á ver: ¿Ha sido efectivamente á don Atilano á quien has cogido la dichosa sortija?

JUANITO. ¡Cómo! pero ¿lo ha dicho esta señora?

MAD. PER. Yo no. Se ha sabido por casualidad. Responda, responda.

JUANITO. Pues sí; á don Atilano ha sido; pero no para quedarme con ella, como usté comprende, sino para enseñar la Susana á los amigos y dejarla en su sitio en seguida.

MAD. PER. Bien, bien; pero ese don Atilano, ¿es el señor cura?

JUANITO. ¡Claro! El señor cura, con quien doy lección todas las tardes,

MAD. PER. ¡Pues no puede ser!

JUANITO. ¿Que yo dé lección? ¡Ojalá! Pero tome usté el niño.

MAD. PER. No; espere, espere.

D. RAF. ¡Y ahora que caigo! Aquí hay un error indudablemente, pero tenemos nosotros la culpa por no haber empezado por el principio. A ver si resulta que no es esta la sortija del cuento. (Dándola á Madame.)

MAD. PER. ¿A ver? La misma. ¡No cabe duda! Es difícil que haya dos iguales.

D. RAF. Pues entonces no queda más que una salida. Que la alhaja no sea de don Atilano.

D. HIL. Yo puedo sacar á ustedes de dudas, porque conozco al dedillo la colección de antigüedades del señor cura.

D. RAF. Pues haga usté el favor. (Se la da.)

D. HIL. (Devolviéndosela después de examinarla detenidamente.) De don Atilano es.

MAD. PER. ¡Señor! ¡qué desgracia tan grande!

D. RAF. Pero ¿está usté seguro?

D. HIL. ¡Segurísimo! La he visto cien veces.

MAD. PER. ¡A mondié, mondié!

D. HIL. Figúrense ustedes si lo sabré de cierto, cuando yo mismo se la regalé hace seis meses.

JUANITO. ¿Eh?

D.ª JOS. ¿Cómo?

D. RAF. ¿Qué dice usted?

MAD. PER. Y ¿usté cómo la tuvo?

D. HIL. ¿Yo? ¿que cómo la tuve yo? Permítanme usredes que guarde el secreto.

D.ª JOS. ¿Oyes esto, niña?

JUANITO. No diga usted más, don Hilario. Y hágame el favor de sostener un momento esta criatura.

D. HIL. ¿A santo de qué?

JUANITO. (Dejándoselo en los brazos casi á la fuerza.) A santo de qué se me cae si no. (Le coloca encima del niño el biberón y se aparta.)

D.ª JOS. ¡Ah, infame! ¿Y quería usté casarse con mi niña? Tome usté sus pastas. No hay nada de lo dicho

ROS. ¡Ay! ¡qué alegría! (Ruido de colleras dentro.)

D. HIL. Pero ¿qué es ésto? ¿qué dice usté, doña Josefa?

D.ª JOS. Que ni vamos á Valladolid ni ese es el camino. Señor Paco, voy á devolver el billete.

MAD. PER. Uno nada más, porque yo necesito el otro. He cumplido mi misión y vuelvo á Francia esta misma noche.

D.ª JOS. Ahí tiene usté los dos. Vámonos, niña.

D. HIL. Oiga usté, doña Josefa.

D.ª JOS. Ni ahora ni nunca.

ROS. ¡Ay, qué gusto, qué gusto! (Vanse madre é hija por la derecha.)

NEM. (Saliendo por donde ellas se van.) Señor Paco, aquí está ya el coche de Toro. (Vuelve á marcharse.)

MAD. PER (Al señor Paco.) Que suban en seguida por el equipaje. (Vase hacia la escalera.)

D. HIL. Escuche usté, señora, ¿qué hago yo con esto?

MAD. PER. ¡Caballero! Cumplir sus deberes de padre. (Vase.)

D. HIL. ¿Mis deberes de padre?

D. RAF. Juanito, vamos á ver si ha venido ese.

D. HIL. Don Rafael, ¿quiere usté explicarme?

D. RAF. ¡Je, je! ¿Habrá quien dude de que mi vida ha sido siempre morigerada y honesta? ¡Je, je! (Vase derecha.)

JUANITO. (Siguiéndole.) ¡Que lo críe usté con salud!

D. HIL. No entiendo una palabra. (Al señor Paco.) Supongo que se tratará de una broma ¿verdad?

SR. PACO. Sí, señor; de una broma pesada que le da á usté aquella señora francesa, alta, rubia..., que estuvo aquí el año pasado. (Vase por la escalera.)

D. HIL. (Dejándose caer en una silla con niño y todo.) ¡María Santísima! ¿Por qué se me ocurriría á mí ir al baile aquella noche?

Música.

VOZ. (dentro.)
Por andar de ceca en meca
me estoy cayendo á pedazos,
¡quién fuera niño pequeño
para dormirse en tus brazos!

CORO.
Corre que te pongo
la mantilla blanca;
corre que te pongo
la mantilla azul;
corre que te pongo
ligas encarnadas;
corre que te pongo
lo que quieras tú.

TELON

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con don Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración on D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis...?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo Vadis...?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraíso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante, en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talismán prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

Las calderas de Pedro Botero, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, música del maestro Chapí.

La moral en peligro, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro **Lleó.**

El diablo con faldas, comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.

Cabecita de pájaro, cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros en prosa.

El bebé de París, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro **Lleó.**